

Remembranzas

Benjamín Pérez González*

Desde estas líneas agradezco la cálida invitación que me hizo el profesor Eduardo Corona para participar en esta conmemoración, con un trabajo de remembranza de mi propia historia personal, relacionada y tal vez anclada a la historia del Museo Nacional de Antropología en particular, y con el Instituto Nacional de Antropología e Historia en general.

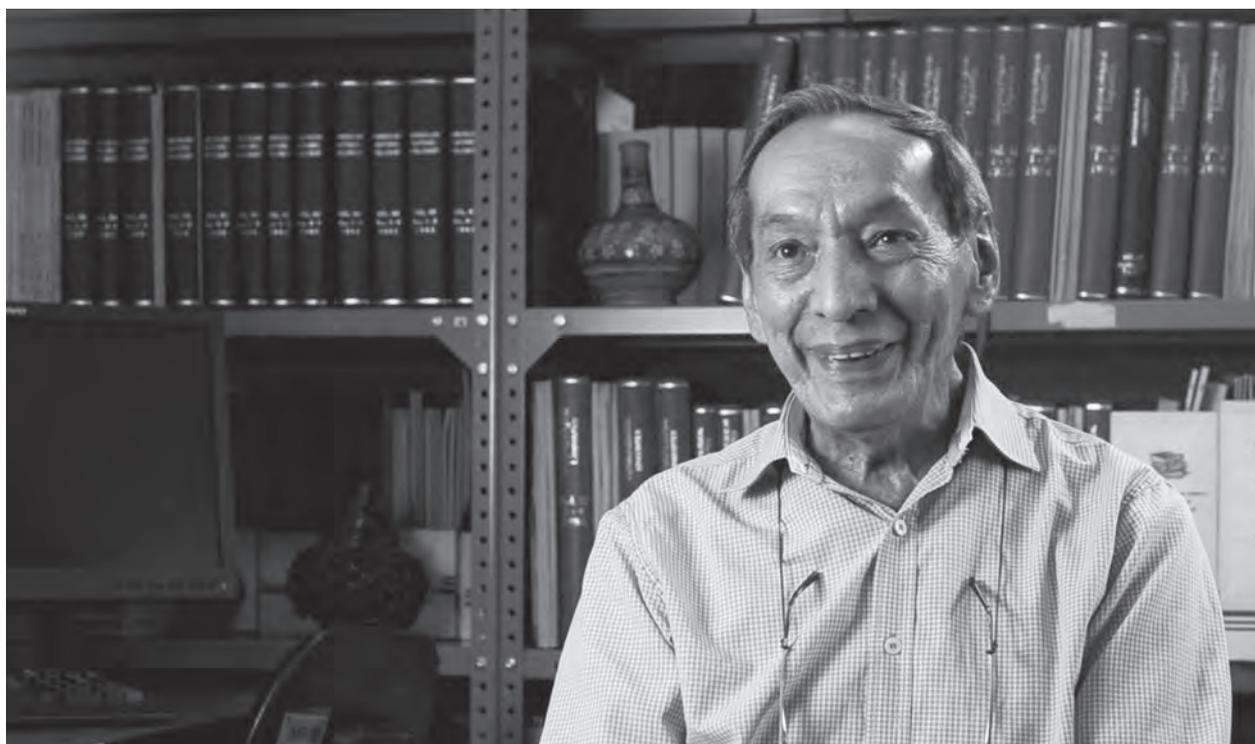
Mientras cursaba el segundo año de la carrera de economía en la UNAM, me di cuenta con claridad de que esa carrera no me satisfacía, que mis intereses –no muy claros aún– iban en otra dirección y que algo debía hacer al respecto. Cuando daba vueltas a esos pensamientos se me iba pasando el tiempo sin encontrar un camino, hasta que un día, al platicar con una amiga de la universidad, me aconsejó pasar por las instalaciones del Departamento de Psicopedagogía de la propia UNAM, ya que allí, según me explicó, podrían proporcionarme ayuda para definir qué era lo que me gustaba, qué me interesaba o aquello para lo que tenía aptitudes. Hice caso a su consejo y unos días después me presenté en el mencionado departamento, donde me atendieron de muy buena manera, me asignaron a una psicóloga y empecé el proceso.

La psicóloga me hizo leer la *Guía de Carreras de la UNAM*, porque mi ignorancia en cuanto a carreras y especializaciones era suprema en aquellos momentos. El objetivo, desde luego, era que me formara un panorama lo más amplio posible de los campos en que cualquier persona podía desarrollarse, para saber qué me gustaría hacer; desde luego, después vendría la averiguación para conocer si tenía las aptitudes necesarias para trabajar en algún campo específico. Lo hice, y lo que más me sorprendió fue enterarme de que había una carrera llamada antropología, con varias especialidades, de la cual nunca había escuchado.

Aunque el proceso siguió, desde ese momento supe que sería antropólogo, a pesar de que la psicóloga me comentaba que lo pensara muy bien antes de decidirme, pues los resultados de mis exámenes parecían mostrar en mi caso buenas aptitudes e interés para las actividades artísticas –en especial música o pintura–, al igual que para la psicología.

Antes de tomar una decisión, decidí buscar más información sobre la antropología –dónde se estudiaba, dónde podría trabajar, el costo de la carrera–, y una vez con esa información decidí que eso era lo mío. Presenté los exámenes de admisión que en aquellos tiempos exigía la escuela, y después de lo que me pareció una eternidad me llegó un telegrama a mi casa en el cual se me comunicaba que había sido aceptado para inscribirme en el primer semestre de la carrera de antropología. Debemos recordar que en aquellos momentos la ENAH tenía un plan de estudios constituido por un tronco común y una especialización. Como yo tenía que trabajar para ayudar económicamente a la familia, conseguí una plaza como investigador administrativo en la SEP y

* Investigador de la Dirección de Lingüística, INAH (tsimim@yahoo.com.mx).



eso me creó un problema: salía del trabajo a las tres de la tarde y entraba a clases también a las tres. Por fortuna, mi trabajo se localizaba en la calle de Argentina, y la ENAH estaba en la calle de Moneda, cercana a la otra, por lo cual alcanzaba a llegar, con unos minutos de retraso.

Me metí de lleno al estudio y fue maravilloso, porque desde el primer día descubrí cosas nuevas en las que nunca había pensado o que ni siquiera sabía que existían. Mi ignorancia era infinita, aunque debo decir, en mi descargo, que yo, como casi todos los estudiantes de la época, estábamos en las mismas condiciones y no por gusto, sino por la pésima formación que el sistema nos proporcionaba, memorística como era y con métodos anticuados. En fin, al pasar el tiempo en clases, en lecturas, en encuentros –tanto con los compañeros como con los maestros–, iba descubriendo cosas que me sorprendían pero a la vez me creaban nuevas inquietudes, nuevas preguntas, y eso me satisfacía. Había encontrado todo aquello que respondía a mis inquietudes.

En ese primer año en la ENAH, todavía ubicada en la calle de Moneda, además de ir descubriendo muchísimas cosas que hasta ese momento ignoraba, empecé a enterarme –gracias a los comentarios de mis maestros– de la construcción del Museo Nacional de Antropología, que se inauguraría en el mes de septiembre de 1964.

Al año siguiente (1965) la escuela se trasladó a las instalaciones del nuevo museo y yo inicié mi tercer semestre de la carrera. En ese periodo empecé a inte-

rrelacionarme más con los maestros y poco a poco fui entendiendo más sobre lo que en realidad era la antropología en conjunto, cosa por demás necesaria, ya que en el cuarto semestre debía escoger una de las especialidades. Me decidí por la lingüística, aunque las otras áreas seguían llamándome la atención. Al iniciar ese cuarto semestre supe que tenía otros dos compañeros que habían estudiado el tronco común en años anteriores, pero en ese segundo semestre de 1965 reiniciaban su carrera. El gusto me duró muy poco, pues al siguiente semestre esos dos compañeros volvieron a desaparecer y me quedé como único alumno de la especialidad. Recuerdo que en algún momento, platicando con el entonces director de la ENAH, el antropólogo físico Felipe Montemayor, me dijo:

–Benjamín, usted es el alumno más caro que ha tenido la ENAH.

–¿Por qué, maestro? –le pregunté.

–Pues imagínese –me respondió–: tenemos que pagar a toda la plantilla de maestros para que lo enseñen nada más a usted.

Tenía razón: todos los maestros eran sólo para mí, aunque en algún semestre posterior se juntó conmigo algún alumno de otros semestres y cursábamos la materia juntos, si bien no fue lo común. Eso me hizo pensar que, si había tenido la suerte de estudiar en una escuela que no me costaba nada, con un grupo de excelentes profesores dedicados a enseñarme sólo a mí, no podía

hacer más que una sola cosa: sacar el mayor provecho de esa situación que no a todo el mundo se le presentaba. Creo que gracias a esta circunstancia mi preparación como lingüista fue muy completa, pues en verdad, en mi caso, sí fui formado integralmente como antropólogo, ya que los maestros de la ENAH tenían en común el convencimiento de que al alumno no se le preparaba sólo con el contenido de los libros, sino también con la demostración práctica de lo que se aprendía en el aula y, además, con las pláticas, discusiones e intercambio de informaciones que realizaban juntos maestros y alumnos en cualquier momento y por informal que fuera.

Mi experiencia como alumno en la ENAH me permitió hacer una comparación con la que había tenido en la escuela de economía de la UNAM, de la que resultó un convencimiento de que mi decisión de estudiar antropología había sido correcta. En efecto, a diferencia de la universidad, donde el maestro sólo llegaba al salón, impartía su cátedra y los alumnos no lo volvían a ver hasta la siguiente clase, en la ENAH la relación entre maestro y alumno era más estrecha, tenían más contacto entre sí y no sólo en lo referente a la clase, sino también en cuestiones particulares o más personales. Por eso era posible encontrar relaciones casi de amigos entre unos y otros, y esta situación favorecía la formación de los futuros profesionales de la antropología.

En relación con lo anterior, permítanme relatar una anécdota. Me había inscrito a un curso extracurricular de lengua griega que impartía un gran conocedor de esa lengua, el profesor Corzo. Iniciamos la clase, me pidió que comprara, para usarlo como libro de texto, el volumen de *Gramática griega* escrito por Blas Goñi. Como pasaban los días y yo no llevaba el libro, un día, al término de una clase, el profesor Corzo me pidió que fuese a su casa tal día a las tantas horas, porque necesitaba explicarme algunas cosas. Desde luego le dije que sí y así lo hice. Para mi sorpresa, al llegar me recibió con el libro de Goñi en las manos, me lo dio y me señaló las partes que tenía que desarrollar para la siguiente clase. Continuamos hablando y, al despedirme, me dijo que conservara el libro, porque ahora era mío. De esa calidad eran las relaciones desarrolladas entre alumnos y maestros de la ENAH. Resultaba evidente que los maestros de allí, a diferencia de los de la universidad, nos veían más como seres en formación que sólo como estudiantes.

Aprovechando que casi siempre yo era el único alumno, le pedía a mis profesores que hiciéramos la clase en la cafetería del museo, cosa que ellos aceptaban a veces, de modo que la clase daba la impresión de

no ser tan formal. Tenía la oportunidad de hacer cuantas preguntas se me ocurrieran y pedir mayores explicaciones cuando algo no me quedaba muy claro. Claro que, por lo general, las clases no duraban el tiempo reglamentario, sino que casi siempre se prolongaban un poco más, lo cual siempre me beneficiaba. Como se ve, fui un alumno privilegiado en muchos sentidos.

Debo decir también que había aspectos de la escuela que no me gustaban mucho, como el hecho de que algunas clases terminaban a las nueve de la noche, de modo que me veía obligado a caminar un trecho de Paseo de la Reforma para llegar a la esquina donde podía tomar el autobús que me llevaría a casa. Sólo que en aquellos tiempos esa avenida no tenía la iluminación de ahora y además era muy solitaria, lo que provocaba un poco de miedo. Recuerdo que hubo un semestre en que tomamos una clase Karen Dakin, recién llegada de Estados Unidos, y yo, y ella me esperaba para que hiciéramos esa caminata juntos y nos protegieramos.

El hecho de que la escuela estuviera en las instalaciones del museo posibilitaba que los alumnos tuviéramos a la mano ejemplares de cuanto investigaríamos en algún momento. Además, allí mismo contábamos con la biblioteca, rica en materiales bibliográficos que nos informaban sobre los descubrimientos que se hacían en otras partes del mundo sobre las diversas especialidades de la antropología. Como se ve, la situación que se nos ofrecía en aquellos años para nuestra formación era envidiable. No es de extrañar que la calidad de nuestra preparación fuera reconocida como de alto nivel por instituciones educativas de otros países. Por eso, entre otras cosas, con mayor facilidad que ahora se nos otorgaban becas de posgrado en varias partes del mundo.

Ya mencioné que mi estadía en la ENAH me fue abriendo los ojos a muchas cosas que nunca antes había pensado. Ciertamente es que desde siempre me sentí muy orgulloso de ser mexicano, pero nunca me había preguntado qué significaba eso. Con las lecturas, las discusiones en clase, las preguntas directas a los profesores, se me abrían las puertas a otros mundos. Empecé a cuestionarme acerca de mi identidad. Sabía que era mexicano, pero ahora me preguntaba: ¿qué tenemos en común los mexicanos? ¿Qué nos caracteriza y nos hace diferentes a los ciudadanos de otros países? En la búsqueda de respuestas a estas y otras interrogantes se pasaba el tiempo, lo cual no era inútil, pues me daba espacio para seguir acumulando información sobre la historia de México, los pueblos que originalmente habían habitado este territorio, las

transformaciones ocurridas con la conquista española y el surgimiento de una nueva sociedad.

El hecho de que la escuela se encontrara dentro de las instalaciones del museo me ofreció la oportunidad de ir ahondando en esos cuestionamientos, no sólo acerca de mi existencia como ser humano, sino también como mexicano. En efecto, conocer con mayor profundidad los orígenes de mi patria, su conformación a través del tiempo, las influencias que recibíamos de otras culturas, me iban aclarando qué significaba para mí ser miembro de esta cultura, ciudadano de este país; en suma, me permitía ir conociendo mi identidad como mexicano.

Lo anterior, debo decirlo, no fue en exclusiva una labor mía. En ese proceso jugaron un papel importantísimo mis maestros, pues además de darme clase me comentaban qué se hacía en relación con la conformación del museo. En esa etapa quienes más información me proporcionaron fueron Evangelina Arana y Mauricio Swadesh. Gracias a ellos mi panorama profesional no sólo se consolidó, sino que se asimismo se amplió mi visión del mundo, de modo que ya sabía qué significaba ser antropólogo, qué podía hacer con las herramientas que me estaban proporcionando y, lo más importante, para qué lo haría.

Como resultado de esta preparación, antes de terminar la licenciatura obtuve mi primer trabajo: la elaboración de un libro de lectoescritura para la alfabetización de los huicholes de Nayarit, en su propia lengua. Éste fue el primer producto de mi concepción de la lingüística que me habían inculcado mis maestros: el estudio de una lengua no sólo debe ser el conocimiento científico para discutirlo con otros especialistas, sino que también debe llevar un fin práctico, y qué mejor que apoyar con mi trabajo el desarrollo de habilidades útiles para un grupo social que carecía de ellas.

La concepción de quienes decidieron crear este museo respondía a una visión integral de lo que significaba la antropología. En efecto, al construir el edificio donde se mostrarían los elementos que conformaban y caracterizaban a México, se implicaba que había un equipo de personas que había investigado todos y cada uno de esos elementos de manera integral e interrelacionados. Así, consideraron colocar los restos arqueológicos –incluidos los óseos– en la planta baja, en tanto que en la planta alta se mostraba cómo vivían, en ese momento, los pueblos originarios del territorio nacional: sus trajes, sus objetos de uso cotidiano, sus casas, entre otros aspectos, incluidos los idiomas que hablaban. En la sala introductoria se colocaron mapas que

mostraban la ubicación geográfica de los grupos, la zona que abarcaban las lenguas, e incluso era posible escuchar grabaciones de algunas de esas lenguas.

En esos momentos se contrató como ayudantes a los poquísimos alumnos que estudiaban antropología para ayudar en la instalación del museo. Como esa tarea continuaría, se pensó en tener cerca a los antropólogos titulados y a los aspirantes de la ENAH, a la que se le dio un espacio en la propia instalación. Y como esos estudiantes requerían un extenso material bibliográfico para su formación, se atendió a esa necesidad mediante la creación de otro espacio en el museo como sede de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia.

Esta situación tan rica en muchos sentidos sólo duró unos años. Con el paso del tiempo se fue incrementando la matrícula de la ENAH y las instalaciones resultaron insuficientes, por lo que se pensó en crear otro espacio más adecuado para el alumnado. La ENAH se trasladó al sur de la ciudad, lejos del museo, y por desgracia aquellas magníficas relaciones entre alumnos y entre alumnos y profesores sufrieron un cambio. Por otro lado, el plan de estudios que por largo tiempo había resultado tan eficaz en la formación de los profesionales de la antropología también se modificó. Evidentemente la relación que los estudiantes y el cuerpo magisterial tenían con el museo y la biblioteca ya no fue la misma.

En la actualidad es posible apreciar las diferencias entre quienes se formaron durante la segunda mitad del siglo XX y los actuales estudiantes de la ENAH, debido a las condiciones que le tocó vivir a cada generación. En mi caso, como viejo egresado de esa escuela, puedo resumir mi concepción de la lingüística, como especialidad de la antropología, mediante las palabras de Guillermo Bonfil en el prefacio a *Estudios sobre lengua y cultura*, quien al igual que yo fue alumno de Mauricio Swadesh. Por lo mismo, abrevó de la misma fuente y compartimos visiones semejantes:

El lenguaje como aspecto que es de la cultura, se halla estrechamente vinculado con todos los demás... Así, no se investigará cabalmente la génesis del pensamiento si se desconoce el papel que en ello jugó el lenguaje; la estructura social o las relaciones de parentesco sólo se comprenden en toda su complejidad cuando se dispone del material lingüístico relacionado con tales problemas; la ciencia, el arte, el mito y el folclor, en fin, la cultura misma de una sociedad, son incomprensibles en tanto no hay un aceptable y para muchos casos profundo conocimiento del vínculo fundamental de comunicación: el lenguaje.